

CÓMO ACTÚA DIOS EN LA CREACIÓN

Dios actúa **en primer lugar**, dando el ser a todo cuanto existe. **En segundo lugar**, manteniendo la creación a lo largo de todo su desarrollo. **En tercer lugar**, orientándolo hacia la plenitud de las realidades últimas de su amor.

Dios actúa en el mundo a través **de la libertad humana**, potenciando su autonomía y su propio ser. Pero esto es algo que ni se ve ni se nota, por lo menos, en una vivencia apresurada de la vida, llena de las preocupaciones diarias. Y es que se necesita **soledad, silencio y oración** para poder percibir a Dios como el **Misterio Sagrado** que alienta en la creación tras el zumbido del viento, la calidez del sol, la inmensidad del océano o la solidez de las montañas, sin ser no obstante, ni aire, ni fuego, ni agua, ni tierra.



Y es que Dios es la fuente originaria de todo ente. Es la plenitud perfecta, plenitud inimaginable de la que ningún concepto humano puede dar cuenta de forma total y completa. No obstante, el cristianismo no nos deja atónitos y mudos frente al **Misterio Absoluto** como si únicamente fuese silencio o vacío. El silencio es un modo de llegar a Él, y en Él habitan la Palabra y el Espíritu. El Espíritu Santo y el Verbo, Logos o Palabra, el Hijo de Dios, Jesucristo. Realidades divinas estas que el cristianismo ha sabido ver presentes y actuantes en la historia de la revelación **y muy especialmente en las palabras y obras de Jesús de Nazaret.** Ese Jesús que vinculó indisolublemente el insondable Misterio de Dios con el amor del Padre que sólo puede querer el bien de aquellos a quienes ama, y ama a todos y cada uno de los hombres, pues Dios es amor (1 Jn 4,8.16), y es el bien incondicional y absoluto.

Es así porque, según la sabiduría cristiana, Dios está presente y actuante en todas aquellas realidades y libertades que en el mundo cooperan para el bien. Sana y cura a través de las acciones de misericordia, por ejemplo, de todos los samaritanos del mundo que, desviándose de su camino, socorren a quienes yacen en la cuneta.

Leamos este episodio a la luz de (Mt 25, 31 ss.) Todos lo recordamos: **“venid a mí benditos de mi Padre, porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve frío y me cubristeis, estuve enfermo y me visitasteis, etc...”**

El encuentro natural entre aquellos que se ayudan, se cuidan y se aman está preñado de una presencia de Dios que, manteniendo la plena autonomía y la plena libertad y singularidad de las personas libres que interaccionan —el enfermo es el enfermo, el que ayuda es el que ayuda— sin embargo, canaliza la verdadera fuerza del amor divino: **“¡a mí me lo hicisteis!”**. Porque la acción transformadora de la gracia de Dios alcanza al desvalido a través del acto de compasión de quien libremente decide ayudarlo. La gracia actúa, pues, como verdadera “acción” de Dios haciendo que la libertad humana haga el bien. Y es esta una acción, que, siendo obra de la gracia de Dios, de ninguna manera deja de ser obra igualmente de la libertad humana.

Y esto es así porque la relación de absoluta dependencia que la creación tiene con su Creador supone que, a mayor presencia de Dios, más la criatura es ella misma y, al revés, a mayor autonomía de la creación, mayor presencia y acción de Dios en ella.

La acción y la presencia de Dios inundan la creación sin ahogarla, la envuelven por dentro y por fuera sin asfixiarla, la atraviesan sin romperla. Antes bien, como se acaba de indicar, cuanto más presencia de Dios hay en la creación más autónoma y libre es la creación. Por eso, cuanto más actúa Dios en ella más actúa en plena libertad ella misma.

El Dios en quien creemos es un Dios que no pide, sino que da; que no humilla, sino que levanta; que no hiere, sino que cura; que no niega, sino que afirma; que no entristece, sino que alegra; que no condena, sino que perdona; que no castiga, sino que redime y libera; que no adormece, sino que despierta.

El Dios en quien creemos encuentra más alegría en un solo pecador que se convierte, que en noventa y nueve justos que no necesitan convertirse. **“No os llamo ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os he llamado amigos” (Jn 15, 15a).**

Cuando el hombre se esconde en la noche de su propio egoísmo, entonces se oye con más nitidez el eco de una voz distinta: **“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien, por su gran misericordia, mediante la Resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha reengendrado a una esperanza viva, a una herencia incorruptible, inmaculada, que no puede marchitarse, reservada en los cielos para vosotros” (1 Pe 1,3).**

¡Sí, hoy necesitamos encontrar un mensaje revolucionario que eclipse lo oscuro y favorezca lo eterno! ¡Sí, una llamada que nos mantenga despiertos y nos lance hacia el futuro con entusiasmo y esperanza!

Tomado del Profesor Pedro Castelao de la Universidad Pontificia de Comillas y de <http://marinaveracruz.net/>